

## “María, la mujer Eucarística nos muestra el rostro de Cristo”

Caacupé, 8 de diciembre de 2020 (19:00 hs)  
Pbro. Dr. César Nery Villagra Cantero

Muy queridos hermanos y queridas hermanas:

### 1. Gn 3,9-15.20

El texto del Génesis – que hemos escuchado – es un breve drama – sobre los orígenes – una lección fundamental acerca de la naturaleza del pecado humano. El núcleo del pecado es el intento de *sustituir a Dios como definidor de la moralidad*. El “árbol del conocimiento de la ciencia del bien y del mal” es una figura para indicar que quien define la moral – es decir, “el bien y el mal” – no es el hombre sino Dios. Por eso la prohibición de comer de ese fruto. La serpiente instigadora – en la simbolización hebrea – representa las fascinaciones y racionalizaciones torcidas y perniciosas que emplea el ser humano al quebrantar los límites morales con el fin de obtener poder e intentar suprimir la incidencia de Dios sobre la humanidad.

Al ser engañados, Adán y Eva – representantes de la humanidad – “desean ser como Dios” – en contravención a su propia naturaleza y a sus límites. El estado de “desnudez” – en el que se descubren – indica el desvelamiento de una nueva potencia presente en ellos: la fuerza del pecado. El pecado es anti-solidario, por eso, ante el examen de Dios, el hombre trasfiere la culpa a su esposa y la esposa traspa la responsabilidad a la serpiente. La pareja se avergüenza al sentirse descubierta. Experimenta el “temor”, el miedo que paraliza. Este temor se convierte en un factor importante de toda posterior reacción humana ante Dios.

Así, la pareja primordial ha puesto en movimiento un “nuevo orden” para la humanidad: *el régimen del pecado* cuyo desenlace será la muerte. De ahí que el ser humano luchará siempre contra la voluntad de Dios queriendo sustituirlo, buscando su propia autoafirmación; pretendiendo instalar una moral auto-referenciada. Es el origen de toda idolatría. No obstante Dios, por amor e interés por el ser humano, seguirá conversando con él, con el ser humano. En este contexto emerge la figura emblemática de la mujer, la figura de Eva, y de su linaje que – durante la historia de la salvación – luchará contra la serpiente y su linaje que intentará establecer un régimen alternativo al de Dios.

Este pasaje del Génesis – mis queridos hermanos y hermanas- se revela hoy, y siempre, muy actual. De hecho, en cada época surgen fuerzas antagónicas a Dios, proyectos alternativos, *originados en la mente humana, que desafían el plan creador*. Este mal originario – fruto de la distorsión de la libertad del hombre – en el Nuevo Testamento se denominará el “impío”, el “anti-Cristo” o la “bestia del Apocalipsis”. En el último libro de la Biblia – Apocalipsis – se dice con toda claridad que el número simbólico de la Bestia es un número humano, propio del hombre, proyecto de la criatura humana. Y el número es 666 (Ap 13,18). Los creyentes, linaje de la mujer, estamos llamados a luchar, con las armas de Dios, contra los encendidos dardos del Maligno.

## 2. Sal 97,1-4

El salmista, en el contexto de una liturgia de alabanza, invita a su auditorio a “cantar al Señor”, a cantar no cualquier canto sino “un canto nuevo”, compuesto especialmente para una ocasión festiva. Los temas que contiene el canto subrayan las “maravillas” realizadas por Dios. Esas “maravillas”, frutos del poder del Señor, se traducen ante todo en la “victoria”, una victoria, un triunfo conseguido mediante la *justicia*, el *amor* y la *fidelidad* a favor de Israel. Se trata de una “victoria” visible porque “toda la tierra” la contempla y todos reaccionan con cantos jubilosos. El orante antiguo, el salmista, nos indica ya en su plegaria de alabanza cuáles son las armas de Dios, los valores que procuran la verdadera victoria: Justicia, amor, y fidelidad. Estas son las armas del Señor que sostienen como columnas la “Casa de Dios”, la “familia de Dios”.

## 3. Ef 1,3-6.11-12

El apóstol san Pablo, en su carta a los cristianos de Efeso, bendice a Dios-Padre, recordando los “bienes espirituales” recibidos por la comunidad mediante Cristo. El bien máspreciado fue el “amor” que se tradujo en la entrega generosa de la propia vida del Hijo amado de Dios por la salvación de la humanidad. Este amor de Dios tiene la finalidad de santificar a hombres y mujeres, llamados a vivir de modo irreprochable. De esta manera, el ser humano entra a formar parte, por la gracia, de la familia de Dios, como “hijos adoptivos”. Al formar parte de la familia de Dios, el hombre y la mujer, son constituidos herederos, es decir, beneficiarios de los bienes salvíficos, con el fin de acceder a la gloria de la vida eterna, junto a Jesucristo, nuestro Señor y salvador.

Lo que san Pablo nos recuerda hoy es nuestra **identidad**, nuestra identidad de creyentes, llamados a la santidad, característica de los miembros de la familia de Dios, copartícipes de la gracia de Cristo. Estamos llamados, en efecto, a vivir la santidad “en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”. Y viviremos la santidad si ponemos en movimiento un **amor misericordioso** por los demás, en cualquier circunstancia, en tiempo de paz y de persecución; un **servicio desinteresado** por el hermano pobre y desamparado, enfermo y necesitado, hambriento y sediento, oprimido y encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Viviremos la santidad si **resistimos al mal** en todas sus formas, animados por una **fidelidad inmovible** a Cristo, a sus enseñanzas y a su testimonio.

## 4. Lc 1,26-38

En el evangelio proclamado, la expresión “*darás a luz un hijo*” (Lc 1,31c) es el anuncio central del Ángel Gabriel a María: es una revelación maravillosa y desconcertante, al mismo tiempo. *Maravillosa* porque es una noticia que viene de “lo Alto”, por medio de un enviado de Dios, de un ángel llamado Gabriel. Y *desconcertante* porque desborda nuestra limitada capacidad de comprensión racional; supera todas nuestras categorías porque se nos habla de un “Dios hecho hombre”, acontecimiento único en la historia de la humanidad y en la historia de las religiones.

En el anuncio resuena la voz profética del Primer-Isaías que, más de siete siglos antes, proclamó diciendo: “*Por eso, el Señor mismo les dará un signo. Miren, la joven está embarazada y dará a luz un hijo, y lo llamará con el nombre de Emanuel*” (Is 7,14). El

mismo Isaías dice más adelante, dando las notas características del “Dios con nosotros”:...*Porque un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado. La soberanía reposa sobre sus hombros y se le da por nombre: “Consejero maravilloso, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz”. Su soberanía será grande y habrá una paz sin fin para el trono de David y para su reino.* Según el profeta, este rey gobernará por siempre mediante el derecho y la justicia; Isaías culmina diciendo que esto será obra de Dios (Is 9,1-6).

“El nombre de la joven-virgen (era) María” (Lc 1,27b), calificada dos veces con el apelativo “virgen”. María era una humilde muchacha que vivía en un pueblito de la provincia de Galilea. En el momento del anuncio, ella estaba comprometida con José, de la tribu de Judá. Eran “novios”. Aún no estaban casados. Cuando ella quedó embarazada vivía aún – según la costumbre – en casa de sus padres. Las nupcias se realizaban en torno a un año después del compromiso que tenía todos los efectos legales del matrimonio.

La *angelofania* acontece en Nazaet. El enviado de Dios se llama Gabriel, cuyo nombre significa “Dios es mi guerrero”; y se presenta como un legado plenipotenciario, como un mandatario que cumple la orden de Dios que le confiere la misión. El mensajero saluda a María diciéndole: “alégrate”. Es un saludo acompañado con la invitación a superar el temor (“no temas María”, le dice el ángel). A continuación, el mensajero le declara “favorecida”, “colmada de gracia”, hecha impecable por la obra de Dios. Cuando el ángel le dice a María que “el Señor está contigo” quiere indicar que ella recibe la constante ayuda y la protección de Dios. Las palabras del ángel le sobresaltó; más aún cuando le anunció: “Vas a concebir, y darás a luz un hijo”. El ángel le indicaba un futuro embarazo, la gestación de un hijo, cuyo nombre, por indicación divina, será Jesús, equivalente a Josué (Jos 1,1), un nombre *teofórico*, que quiere decir: “Yahwéh salva”, “Dios ha salvado, salva y siempre salvará”.

De Jesús, el ángel dice que será “grande”, describiendo la personalidad del niño que va a nacer y la función que va a desempeñar. A continuación, Gabriel afirma que “será llamado Hijo del Altísimo”, es decir, Hijo del Dios Supremo, el que está por encima de todo. “Se sentará en el trono de David su padre”, dice el ángel aludiendo a la profecía de Natán a David en relación al poder real que permanecerá en su descendencia. Así, desde el punto de vista de la realeza, Jesús será llamado “hijo de David”, de la estirpe del Rey. Por eso, él “reinará sobre la casa de Jacob-Israel por los siglos” y “su reino no tendrá fin”.

Cuando el ángel terminó su intervención, María reacciona ante el inesperado y sorprendente anuncio con una Pregunta: ¿Cómo podrá suceder eso ya que no tengo relaciones con un hombre? La pregunta expresa una incertidumbre que empezó como una turbación ante un saludo tan insólito (vv. 28-29) y se ha ido acrecentando a medida que el mensajero le comunicaba los términos del anuncio (vv. 31-33). Literalmente, María alega que “no conoce varón”, es decir, que ella no ha tenido relaciones conyugales. Y de este modo, ratifica la descripción que se ha dado de ella: la de ser una “joven-virgen” (v. 27). Después de que ella manifestara su incertidumbre, el ángel le replica y le indica que intervendrán dos agentes: El Espíritu Santo y el Altísimo. “El Espíritu Santo vendrá sobre ti”, le anuncia; y el “poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. El Espíritu Santo aparece como una potencia creativa de Dios que actúa en el

ser humano. De este modo, según Lucas, el Mesías entra en la historia humana por medio de una actuación del Espíritu creativo de Dios sobre María. “Vendrá” o “bajará sobre ti” es una expresión que evidencia que la concepción de Jesús excluye cualquier clase de referencia a una unión sexual. El niño será un don total de Dios, en el sentido más pleno de la palabra. Los títulos que emplea el ángel para referirse al neonato son “Santo” e “Hijo de Dios”, es decir, separado y consagrado para el servicio de Dios.

El poder de actuación de Dios es ejemplificado por el ángel con el caso de Isabel, la pariente de María que, siendo estéril y de edad avanzada, ya llevaba seis meses de embarazo. Este hecho demuestra que para Dios nada hay imposible. Al final del diálogo viene la **respuesta de María**: Ella responde declarándose “la sierva del Señor”. Es una afirmación de disponibilidad, de humildad, de quien acepta lo que le rebasa por la confianza depositada en el mensajero. Ella afirma con seguridad: “cúmplase en mí lo que has dicho”. La versión popularizada en castellano “hágase en mí según tu palabra” expresa su profundo deseo de que la voluntad de Dios se haga realidad. Después de la respuesta de María, el evangelista informa que “el ángel la dejó”, para retornar al ámbito propio de Dios.

### **Tema: “María, la mujer Eucarística nos muestra el rostro de Cristo”**

Queridos hermanos y hermanas: María, desde el inicio, estuvo presente en el proyecto de Dios: con su “Sí” al mensajero divino, aceptando la propuesta del Padre eterno de ser la madre del Verbo encarnado; acudió en ayuda de su pariente santa Isabel para asistirle en su gravidez; crió a su hijo como madre solícita y afectuosa; con cariño y entrega total; acompañaba a su hijo – junto a su esposo san José- en las peregrinaciones por las fiestas de pascua al templo de Jerusalén. Ya durante el ministerio público de Jesús, ella cumplió con una función intercesora ante su hijo en las bodas de Caná. Acudía junto a él durante su ministerio; estuvo al pie de la cruz para recibir el cadáver de su hijo amado, estuvo presente en Pentecostés; acompañó a Jesús desde su nacimiento hasta su muerte y resurrección.

Por todo esto, ella es la “mujer eucarística”, es decir, de entrega total por la causa del Reino de Dios y del Evangelio porque Eucaristía es eso, es entrega total. En la Eucaristía Cristo se entrega, entrega su vida, su cuerpo y su sangre, por la humanidad. Y al ser “mujer eucarística”, ella, nos muestra de modo privilegiado y excepcional el “rostro de Cristo”. Ese rostro que se dibuja en el sermón del Monte: rostro de humildad y sencillez, de entrega, de servicio, rostro de amor, de justicia y de misericordia, rostro de paz y de rectitud, de perdón y de unidad. La Eucaristía no se reduce al ritual de la misa que se celebra; la Eucaristía es un estilo de vida que se vive y se experimenta en la vida diaria, en la vida cotidiana. Que María Santísima, Tupasy Caacupé, nos guíe a Cristo, nos muestre su rostro, proteja y bendiga a todo el pueblo paraguayo. A Jesús por María. Amén.